

Auður Ava
Ólafsdóttir
La escritora



Traducción de Fabio Teixeira

«Ólafsdóttir siempre supera las expectativas.» *The New York Times*

Apenas 180.000 habitantes, un premio Nobel de Literatura, una base militar estadounidense, dos aerolíneas transatlánticas: esto es Islandia en 1963. Hekla siempre ha querido ser escritora. En un país de poetas, en el que cada casa está repleta de libros y hay más escritores per cápita que en cualquier otro lugar, Hekla solo encuentra un obstáculo: ser mujer. Después de empacar todas sus pertenencias, incluida una máquina de escribir, llega a Reikiavik con un manuscrito en su maleta. Se va a vivir con su amigo Jón John, un hombre homosexual que desea con todas sus fuerzas empezar a trabajar en el teatro. Ambos se sentirán totalmente desubicados en un mundo pequeño y profundamente conservador, pero que muy pronto empezará a cambiar: los años sesenta prometen transformarlo todo.

En memoria de mis padres

Tantas clases de idiomas hay, seguramente, en el mundo, y ninguno de ellos carece de significado.

Primera Epístola a los Corintios

Es preciso tener todavía caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella danzarina.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*

*No hay nada de sereno o inerte
en las entrañas de la Tierra,
pues en ellas fulgura el elemento
más temible y poderoso: el fuego.*

JÓNAS HALLGRÍMSSON, revista literaria *Fjölur*, 1835

1942

LA CÁMARA DE LA QUE ME DIO A LUZ

Un día, estando embarazada de cinco meses de ti, encontré un nido de águilas, un simple hueco de dos metros abierto entre el raigrás al borde de un precipicio, junto al río. En su interior se acurrucaban dos crías bien cebadas, yo caminaba sola y el águila volaba en círculos sobre su nido y sobre mi cabeza, batiendo con fuerza sus alas, una de ellas desplumada, pero sin atacarme. Supuse que era la hembra. Su sombra negra me siguió hasta la puerta de casa, como una nube que oculta el sol. Entonces tuve el presentimiento de que esperaba a un niño y decidí que lo llamaría Örn, «águila». El día en que naciste, tres semanas antes de tiempo, el águila volvió a sobrevolar la granja. El anciano veterinario, que estaba en nuestra finca inseminando una vaca, fue quien te trajo al mundo. Su última labor antes de jubilarse consistió en dar la bienvenida a un recién nacido. Cuando salió de la vaqueriza, se quitó las botas de agua y se lavó las manos con una pastilla nueva de jabón Lux. Entonces te alzó en sus brazos y proclamó:

–Lux mundi.

La luz del mundo.

El veterinario, aunque habituado a dejar que las hembras lamieran a sus propias crías, llenó de agua el barreño de las morcillas para darte un baño. Yo lo observaba mientras se arremangaba la camisa de franela y sumergía los

brazos hasta los codos. Tu padre y él se ocupaban de ti, yo los veía de espaldas.

–Es la hija de su padre –anunció tu padre antes de añadir en voz alta y clara–: Bienvenida, pequeña Hekla.

Había escogido tu nombre sin habérmelo consultado.

–¡Un nombre de volcán no! Y menos el de la puerta del infierno –protesté desde la cama.

–Pues por algún lugar se tiene que entrar –oí decir al veterinario.

Ambos seguían de espaldas a mí, inclinados sobre el barreño, aprovechándose de mi indefensión, pues yo era una herida abierta.

Cuando me casé con tu padre, no sabía de su obsesión por los volcanes. Se pasaba el día leyendo descripciones de erupciones, se escribía cartas con tres geólogos y tenía sueños premonitorios sobre explosiones volcánicas. Su mayor deseo era poder ver una nube de vapor elevarse en el cielo y sentir temblar el suelo bajo sus pies.

–¿Es que quieres que se abra la tierra por nuestro henar? –le pregunté–. ¿Que se parta en dos como una mujer al parir?

Yo odiaba el malpaís. Los henares de nuestra finca estaban rodeados de una colada de lava milenaria que había que franquear para poder coger arándanos, y no había manera de clavar el rastrillo en el campo de patatas sin golpear una piedra.

–Arnhildur, «águila hembra» –sugerí bajo el edredón con el que tu padre me había tapado–. La nacida para librar batallas. En esta isla no vivirán más de veinte águilas, Gottskálk –añadí–. Mientras que habrá doscientos volcanes –esa fue mi última baza.

–Te prepararé un buen café –dijo tu padre. Era su vía de conciliación, su compromiso. Ya había tomado la decisión. Al final me di la vuelta y cerré los ojos para que me dejaran tranquila.

Cuatro años y medio después de tu nacimiento, el Hekla entró en erupción tras un letargo de ciento dos años. Por fin tu padre pudo oír desde la región de Dalir el estruendo con el que tanto había soñado, que sonaba como un eco lejano de la guerra mundial recién terminada. Tu hermano Örn tenía entonces dos años. Tu padre llamó inmediatamente a su hermana, que vivía en las islas Vestmann, para preguntarle qué veía desde la ventana de la cocina. Tu tía estaba friendo rosquillas y le contó que la nube volcánica cubría todo el archipiélago, que el sol era de color rojo y que llovían cenizas.

Tu padre me repetía cada frase tapando el auricular con la mano.

–Dice que el sol es de color rojo, que llueven cenizas y que todo está tan oscuro que parece de noche y que ha tenido que encender la luz.

Le preguntó si la vista no le parecía espectacular y aterrador a la vez, y que si temblaba el suelo.

–Dice que la vista le parece espectacular y aterrador a la vez, y que se les han llenado las cañerías de ceniza, así que su marido, el oficial de máquinas, se ha subido a una escalera y está intentando desatascarlas.

Pasaba el tiempo con la oreja pegada a la radio y me hacía un resumen con los datos más relevantes.

–Dicen que el orificio, la boca del cráter, tiene forma de corazón, un corazón de fuego –o bien me explicaba–: ¿Sabes, Steinþóra, que ha arrojado una bomba de lava de once metros de largo por cinco de ancho con forma de cigarro?

Al final ya no le bastaban las vistas desde la ventana de la cocina de su hermana ni las fotos en blanco y negro del penacho de humo que salían en la portada del Tíminn. Quería tener la erupción delante, quería ver colores, bloques de roca incandescente, piedras gigantescas saltando por los aires, quería ver ojos de fuego enrojecidos escupir estrellas fugaces como si fueran las chispas de una fragua,

quería ver un muro de lava negra derrumbarse como una metrópolis iluminada, quería saber si el fulgor del volcán teñía el cielo de rosa, sentir el calor en sus párpados, el escozor en sus ojos, quería ir al sur a toda velocidad y meterse en el valle de Þjórsárdalur con su todoterreno ruso.

Y quería llevarte con él.

–Jónas Hallgrímsson, nuestro gran poeta romántico del siglo XIX, que dedicó poemas con una aliteración impecable a erupciones volcánicas, nunca vio una –me explicó–. Del mismo modo que el explorador Eggert Ólafsson tampoco fue testigo de ninguna. Hekla no puede quedarse sin ver estallar a su tocayo.

–¿No preferirías vender el terreno, recogerlo todo y mudarte directamente a Þjórsárdalur? –le dije, aunque también podría haber formulado mi pregunta de otra manera: «¿No preferirías dejar la tierra de la Saga del Valle de los Salmones y trasladarte a la de la Saga de Nial?».

Te sentó en el asiento delantero y te puso un cojín debajo para que pudieras ver el paisaje. Yo me quedé con tu hermano Örn, sin discusiones. Cuando lo vi regresar con las suelas de las botas fundidas, supe que se había acercado demasiado.

–Las viejas venas del Hekla todavía siguen en ebullición –dijo mientras te llevaba a la cama dormida en sus brazos.

En verano, las cenizas cubrieron la región de Dalir y echaron a perder los henares. Los gases tóxicos se habían acumulado en las hondonadas y encontramos toda clase de animales muertos: zorros, aves, ovejas. Solo entonces tu padre se dejó de erupciones volcánicas y retomó los quehaceres de la granja.

Sin embargo, tú ya no eras la misma. Habías salido de viaje. Te expresabas de otra manera. Hablabas la lengua de las erupciones y empleabas palabras como «sublime», «majestuoso» y «colosal». Habías descubierto el mundo y observabas el cielo. Comenzaste a desaparecer de vez en cuando. En verano te encontrábamos tumbada en los he-

nares contemplando las nubes; y, en invierno, en algún nevado mirando las estrellas.

I. Tierra madre

*¿Quién puede tener patria más bella,
con montañas, valles y azules arenales,
laderas de abedules y manantiales,
bajo una corona de auroras boreales?*

HULDA, 1944

1963

LA POESÍA ES DE HOMBRES

En su camino hacia Reikiavik, el coche de línea levanta una estela de polvo. La pista de tierra serpentea, curva tras curva, y tiene tantos baches que parece una tabla de lavar. Dentro de nada, los cristales estarán tan sucios que ya no podrá verse el paisaje y el escenario de la *Saga del Valle de los Salmones* quedará engullido por el barro.

La caja de cambios rechina cada vez que el conductor sube o baja una cuesta; sospecho que el autobús no tiene frenos, y la enorme grieta que atraviesa el parabrisas de una punta a otra no parece inquietar al chófer. Apenas circulan coches y, en las raras ocasiones en que nos cruzamos con uno, nuestro conductor toca el claxon. Al toparse de frente con una niveladora, el autocar debe acercarse al margen de la carretera, balanceándose. El aplanado de las carreteras de Dalir supone tal acontecimiento que los conductores aprovechan la ocasión para bajar sus ventanillas e intercambiar unas palabras.

–Suerte si no pierdes un eje con tanto bache –oigo decir a nuestro chófer.

Ahora mismo no me hallo en las proximidades de Búðardalur sino en Dublín, pues tengo el dedo en la página veintitrés del *Ulises* de Joyce. Había oído hablar de una novela que era tan gruesa como la *Saga de Nial* y que la li-

brería inglesa de la calle Hafnarstræti, en Reikiavik, podía enviarme a Dalir.

–Is it French you are talking, sir?, the old woman said to Haines.

Haines spoke to her again a longer speech, confidently.

–Irish, Buck Mulligan said. Is there Gaelic on you?

–I thought it was Irish, she said, by the sound of it.

Mi lectura avanza lentamente, no solo debido a las sacudidas del autobús sino también a mi escaso nivel de inglés. Por mucho que tenga el diccionario abierto en el asiento contiguo, el lenguaje me resulta más difícil de lo que pensaba.

Echo un vistazo por la ventana. ¿No vivió una poeta en esa granja de ahí? ¿No corría por sus venas ese impetuoso río gris, cargado de arena y lodo? Decían que al final lo pagaban las vacas, porque cada vez que se sentaba a escribir sobre el amor y el trágico destino de sus paisanos, empeñada en transformar el color de las ovejas en una puesta de sol sobre Breiðafjörður, se le olvidaba ordeñar. Y no había mayor pecado que olvidarse de vaciar unas ubres turgentes. Cuando iba de visita a las granjas vecinas, pasaba demasiado rato sentada, o bien recitando poemas, o bien en silencio durante horas mientras sumergía terrones de azúcar en su café. Decían que escuchaba una orquesta de cuerda cuando escribía, y que despertaba a los niños en plena noche para llevarlos en brazos hasta la puerta de la granja y enseñarles un mar revuelto de auroras boreales ondulando en el cielo negro. El resto del tiempo se encerraba en el dormitorio conyugal y se tapaba la cabeza con el edredón. Albergaba tanta melancolía en su interior que una tarde clara de primavera desapareció en las profundidades plateadas del río. Ya no le bastaban las ganas de comer huevos frescos de frailecillo, no conseguía dormir. La encontraron en una red de truchas junto al puente. Arrastraron hasta la orilla a una poeta de

alas truncadas con la falda empapada, las medias rotas y el vientre lleno de agua.

–Me ha destrozado la red –protestó el granjero a quien pertenecía el aparejo–. La puse para pescar truchas. Esas mallas no están hechas para escritoras.

Su destino me sirvió de advertencia, si bien es verdad que era la única escritora que tenía como referente.

Por lo demás, la poesía era cosa de hombres.

Por eso aprendí que no debía contarle mis planes a nadie.

RADIO REIKIAVIK

En el asiento delantero se sienta una mujer con una niña que tiene de nuevo ganas de vomitar. El autocar derrapa sobre la grava suelta antes de detenerse. El conductor aprieta un botón y la puerta se abre al frescor otoñal con un silbido que recuerda a una plancha de vapor. Vestida con un abrigo de lana, visiblemente cansada, la mujer ayuda a la pequeña a bajar las escaleras. Es la tercera vez que debemos parar para dejar salir a la niña mareada. Las zanjas cavadas a lo largo de las carreteras permiten a los granjeros drenar sus tierras y secar el hogar de las aves zancudas. Se ven alambradas de espino por todos lados, pero es difícil saber qué terrenos delimitan.

Pronto me habré alejado tanto de casa que no me sonarán los nombres de las granjas.

En las escaleras, la mujer le pone a la niña un gorro de lana y se lo enfunda hasta taparle las orejas. Le sujeta la cabeza mientras vomita. Al terminar, hurga en el bolsillo de su abrigo, saca un pañuelo y le limpia la boca antes de subirla de nuevo al polvoriento vehículo.

Saco mi libreta, destapo el bolígrafo y anoto dos frases. Vuelvo a taparlo y retomo el *Ulises*.